

Selectividad Estratégica Europea

www.360geopolitica.org

En las horas más oscuras de la historia reciente de Europa, el continente ha evitado otra catástrofe a la escala de la Segunda Guerra Mundial, pero el conflicto nunca desapareció realmente; simplemente cambió de forma.

En los primeros años de la Guerra Fría, la violencia estuvo marcada por la ideología. La Guerra Civil Griega marcó el tono, mientras que levantamientos como la Revolución Húngara y la Primavera de Praga fueron aplastados por la fuerza soviética. Al mismo tiempo, Europa Occidental lidiaba con sus propias tensiones internas, especialmente en el conflicto conocido como *The Troubles* en Irlanda del Norte.

Con el fin de la Guerra Fría llegó un resurgimiento de la violencia nacionalista. Las Guerras Yugoslavas desgarraron los Balcanes—especialmente durante la Guerra de Bosnia y la Guerra de Kosovo—, devolviendo la limpieza étnica y las atrocidades masivas al suelo europeo y provocando la intervención internacional.

En el siglo XXI, el conflicto a gran escala ha regresado al borde oriental de Europa. Desde la Segunda Guerra Chechena hasta la guerra ruso-georgiana, las tensiones aumentaron de forma constante, culminando en la anexión de Crimea y la invasión rusa de Ucrania: la guerra más grave en Europa desde 1945.

A lo largo de estas décadas turbulentas, Estados Unidos ha desempeñado un papel central—en ocasiones decisivo—en la configuración de la seguridad europea, actuando tanto como una fuerza estabilizadora como una poderosa influencia externa.

En la inmediata posguerra de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ayudó a reconstruir Europa Occidental mediante el Plan Marshall, invirtiendo miles de millones para reactivar economías devastadas, reducir la inestabilidad y contener la expansión del comunismo. Al mismo tiempo, ancló la defensa europea a través de la OTAN, una alianza militar que disuadió la expansión soviética y volvió altamente improbable

una guerra a gran escala entre los Estados de Europa Occidental.

Durante la Guerra Fría, Estados Unidos actuó como el principal garante de seguridad de Europa. Su presencia militar y su disuasión nuclear evitaron una confrontación directa con la Unión Soviética, mientras que su apoyo político fortaleció a los gobiernos occidentales frente a presiones internas y externas. Incluso en conflictos como *The Troubles*, Estados Unidos contribuyó diplomáticamente, ayudando a avanzar en los esfuerzos de paz.

Tras la Guerra Fría, la participación estadounidense siguió siendo significativa, particularmente en zonas de crisis. Estados Unidos lideró o apoyó intervenciones de la OTAN en las Guerras Yugoslavas, contribuyendo al fin de la Guerra de Bosnia e interviniendo en Kosovo. Más recientemente, en respuesta a la invasión rusa de Ucrania, ha proporcionado ayuda militar, inteligencia y apoyo económico, al tiempo que ha reforzado el flanco oriental de la OTAN.

En suma, Estados Unidos ha apoyado a Europa mediante una combinación de recuperación económica, protección militar e influencia política. Al mismo tiempo, su papel ha generado un debate continuo sobre la dependencia, el poder y el equilibrio de liderazgo en la relación transatlántica.

Dentro de este contexto más amplio, se podría argumentar que Europa ha repetido con demasiada frecuencia el mismo error: actuar demasiado tarde. Como antes de la Segunda Guerra Mundial, la vacilación y el deseo de evitar la confrontación han dado tiempo a los agresores para consolidar poder, expandirse y controlar la narrativa. Las respuestas a las invasiones rusas de Ucrania en 2014 y 2022 ilustran cómo una acción tardía y dividida puede socavar una disuasión efectiva.

Esta selectividad también es evidente en el enfoque europeo hacia conflictos externos. Durante décadas, su relación con países como Irán, Venezuela (cuyos aliados son Rusia, Irán, China, grupos criminales) y Rusia ha reflejado a menudo una tensión entre principios declarados e intereses

materiales, particularmente en energía (petróleo) y comercio.

El resultado ha sido con frecuencia políticas cautelosas y desiguales que, según críticos, han debilitado la credibilidad y coherencia de Europa en el escenario global. Posturas recientes hacia países como Colombia sugieren que esta tendencia persiste, a veces influida por acuerdos de aviación y otros arreglos económicos—incluyendo, entre otros, la externalización de la producción de pasaportes a proveedores europeos—cuya transparencia ha sido cuestionada.

A menudo subestimados y mal comprendidos en Europa, muchos pueblos en otras regiones han recurrido a Estados Unidos con esperanzas de liberación—incluso a costa de grandes sacrificios—tal como los propios europeos lo han hecho en distintos contextos históricos.

Los tiempos han cambiado, al igual que los métodos, los líderes y las realidades geopolíticas, pero muchas sociedades que viven bajo regímenes no democráticos continúan enfrentando incertidumbre y dificultades prolongadas. En países como Irán, Cuba, Ucrania y Colombia, entre muchos otros, los llamados al cambio político han persistido durante décadas, a veces con un alto costo humano. En contraste, las respuestas europeas suelen caracterizarse por la cautela, una preferencia por esperar y observar, y una tendencia al apaciguamiento en lugar de a la acción decisiva.

Cuando el apoyo al cambio democrático está ausente, los críticos argumentan que, en la práctica—ya sea por omisión o por la búsqueda de intereses económicos—esto puede equivaler a sostener el statu quo de regímenes violentos o represivos. En algunos casos, esto se refleja en realidades locales complejas, incluyendo situaciones como la de Colombia, donde el Estado ha enfrentado durante mucho tiempo desafíos por parte de grupos armados ilegales y redes criminales organizadas que hoy operan con estructuras formales de gobernanza.

En este contexto, la efectividad y coherencia de las respuestas externas suelen ser cuestionadas, especialmente cuando consideraciones estratégicas o económicas parecen pesar más que una postura más firme en materia de seguridad y gobernanza.

Cuando el presidente Trump adoptó un enfoque más agresivo contra el narcotráfico en el Caribe, sus acciones recibieron un fuerte apoyo en la región y en los países afectados. Al mismo tiempo, surgieron narrativas opuestas a nivel internacional—también respaldadas por actores vinculados al régimen de Maduro en Venezuela y al de Petro en Colombia—que presentaban a los grupos criminales principalmente como víctimas de condiciones sociales. Esta interpretación ganó terreno en ciertos foros internacionales, incluyendo partes del sistema de las Naciones Unidas y entre países europeos, en parte debido a una oposición política más amplia a las políticas de la era Trump.

Los críticos sostienen que esto ha contribuido a posturas inconsistentes frente a crisis externas, donde consideraciones morales y estratégicas parecen entrar en conflicto con intereses económicos y políticos, incluyendo en relación con Irán, Ucrania y Colombia, en lugar de alinearse con Estados Unidos.

Lo que debe quedar claro es que algunas críticas europeas a la actual administración estadounidense son, en ocasiones, mal interpretadas como simpatía hacia regímenes autoritarios o grupos criminales en el extranjero.

Mientras tanto, esos regímenes utilizan estrategias de relaciones públicas internacionales para cultivar apoyo hacia ayatolás, Hezbolá, Hamás, grupos armados ilegales y organizaciones criminales —como en Colombia— dejando desprotegidas a las poblaciones bajo su control.

360° Geopolítica.